

# **Revolución en Madrid**

**Autor: Alfonso Medel Delgado**

**Logroño, 6 de agosto de 2015**

## **XV - Revolución en Madrid**

### **Madrid, 2 de Mayo de 1808**

La mañana había amanecido hermosa. Pequeños charcos mostraban que las nubes habían aprovechado la noche para regar la ciudad, como si quisieran insuflarle vitalidad, como si Madrid fuera un ser vivo y el agua caída del cielo, un modo de proporcionarle energía. ¡Y sabe Dios que consiguieron su propósito! ¡Sabía Dios que esos charcos de agua se teñirían de rojo cambiando la estampa de hermosa a trágica! Pero en ese momento, en las primeras horas del día, la ciudad estaba radiante, como una joven enamorada con un vestido nuevo.

Varias mujeres revoloteaban alrededor de un carruaje en la plaza de Palacio. Algunas de ellas aseguraban, nerviosas, que otro coche acababa de partir llevando en el interior a la reina de Etruria. «¡Por mí se pueden llevar a esa afrancesada adonde quieran! ¡Maldita sea su estampa! ¡Como si se la quieren llevar al mismísimo infierno!...», exclamó una de las mujeres mientras echaba un vistazo al interior del carruaje que era el centro de atención del grupo de paisanos.

Llegados a este punto, introducido el relato y presentado Madrid en aquella linda mañana de primavera, el lector me permitirá un inciso para explicar la situación del país, líneas necesarias para comprender la magnitud de los acontecimientos que ocurrieron momentos después. Meses antes, Carlos IV y María Luisa de Parma reinaban en España. Sus majestades habían depositado su confianza en un valido, un hombre que gobernaba el país mientras ellos pasaban el tiempo cazando, ajustando los relojes de Palacio y atendiendo las cuestiones de la corte. Los reyes adoraban a este ministro a

quien en seguida convirtieron en amigo, y le dejaban hacer. Tal era la cercanía con este hombre que las malas lenguas aseguran ser el padre de algunos de los hijos de los reyes. El caso más comentado era, y es, el del infante don Francisco de Paula, protagonista aquella mañana, que muchos dicen que tenía un parecido físico notable con este valido. A mi juicio estas afirmaciones son infundadas y nacieron en la envidia, característica tan habitual de encontrar en el pueblo español. Si bien parece claro que Manuel Godoy, ya es momento de presentar a este galán, era un mujeriego, no veo probable que llegase a seducir a la reina traicionando al rey porque, en ese caso, tarde o pronto hubiera perdido el favor de uno de los dos y no fue así. Ambos le amaron y jamás le abandonaron, incluso en el destierro. Esta, a mi juicio, es la prueba de que el infante don Francisco de Paula es hijo de Carlos IV, aunque soy consciente de que a veces el Destino teje las vidas de los hombres haciendo nudos que escapan a la comprensión de la mente humana.

La cuestión es que Manuel Godoy gobernaba España a su antojo, y tuvo la ocurrencia de permitir que las tropas napoleónicas pasaran por España con el pretexto de invadir Portugal. Y así lo hicieron, solo que, además de tomar Portugal, se hicieron con algunas de las principales plazas españolas. Y he aquí que una buena parte de España se vio invadida por un ejército poderoso cuya fuerza vital era la ambición. Y eso no hacía presagiar nada bueno. Comprendamos entonces por qué españoles normales de entonces estaban más que enfadados con la pusilanimidad de sus gobernantes y, muy especialmente, con el atrevimiento y descaró de los franceses.

Volvamos, pues, al relato y démosle velocidad para ser coherentes con lo que pasó en aquella jornada.

—¡Traición! ¡Traición! ¡Nos han llevado al rey nuestro señor y se nos quieren llevar a todas las personas reales! —gritó un cerrajero de la calle de Toledo, los ojos inyectados en sangre, como si estuviese poseído por el mismísimo demonio. La muchedumbre que hacía corrillo en torno al carruaje era consciente de que solo quedaban en España tres miembros de la familia real: el infante don Antonio, el infante don Francisco de Paula y la reina de Etruria; Carlos IV, María Luisa de Parma y su hijo Fernando, a la sazón rey para muchos españoles, estaban en Francia con Napoleón. Según lo que contaban algunas mujeres, la reina de Etruria había partido a primera hora de la mañana en un carruaje preparado para recorrer muchas leguas. Y todo hacía indicar que el siguiente en partir iba a ser el joven Francisco de Paula. Los ciudadanos de Madrid no podían permitirlo.

—¡Malditos gabachos! ¡Una vez se lleven a los infantes a Francia, el duque de berzas —así se le llamaba a Joachim Murat, duque de Berg, mariscal de Francia y cuñado de Napoleón— gobernará la ciudad a su antojo! ¡Maldita sea su estampa! ¡Muerte al francés!

Para caldear más el ambiente un caballero de la corte se asomó a un balcón de Palacio y gritó: «¡Vasallos, se llevan al infante!». Esto fue demasiado para el cerrajero de la calle de Toledo y, como si fuera el líder de todos aquellos paisanos, se dirigió a una de las puertas de Palacio, seguido por una parte de la turba allí reunida. Cualquiera hubiera apostado a que no pasarían de la puerta, pero he aquí que el Destino produjo la primera sorpresa de la jornada: José Blas Molina y Soriano, tal era el nombre del cerrajero, y sus seguidores se colaron en el interior del edificio y llegaron hasta las habitaciones reales. Minutos después, un joven muy gracioso salió al balcón a saludar a la muchedumbre reunida en la plaza de Palacio: era el infante don Francisco de Paula. Este simple gesto tranquilizó a los paisanos, especialmente a las mujeres, y la situación

se calmó durante algunos minutos.

Murat estaba alojado muy cerca de allí y debió oír el revuelo porque envió a uno de sus ayudantes a ver lo que ocurría. Este francés acudió revestido de muchos adornos militares, con muchas insignias, muy chulito, pensando que su traje del ejército napoleónico espantaría a la muchedumbre; y casi es linchado. Si no hubiera salido el infante a templar un poco los ánimos un momento antes, ese francés hubiera sido hecho pedazos por los garrotes y las navajas de hombres y mujeres. Un oficial español, viendo que la vida de este francés estaba en serio peligro, acudió en su ayuda y le permitió poner pies en polvorosa.

Algunos grupos de mujeres hicieron corrillos y se reían y se jactaban de haber asustado al oficial francés. Pero no eran conscientes de que este se había retirado muy herido en su orgullo y lleno de odio. Y esto provocó que el ejército francés, por fin, se quitara la careta.

Por la calle Nueva apareció un batallón de granaderos de la Guardia Imperial con dos cañones. Todo fue muy rápido: los franceses se detuvieron, prepararon las piezas de artillería, formaron en dos filas, la primera rodilla en tierra, la segunda en pie justo detrás, y aquellas armas de fuego francesas escupieron metralla contra la población indefensa. El estruendo rompió muchos cristales de Palacio; y, mucho peor aún, hombres y mujeres cayeron al suelo, muertos o con heridas terribles. Los paisanos que pudieron corrieron alejándose del alcance de la fusilería francesa, que seguía disparando.

La Guerra de la Independencia había comenzado.

Y el pueblo de Madrid empezó su lucha en las calles.

Dejemos correr el tiempo, no mucho, y vayamos de Palacio a la Puerta del Sol por la calle del Arenal. Sepa el lector que esta plaza ya era entonces el centro simbólico no solo de Madrid, sino de España. Varios cientos de personas se habían concentrado en este lugar con intención de conferenciar cómo luchar y derrotar al francés. Y no tuvieron mucho tiempo para hacerlo, porque Murat decidió disolver esa multitud empleando a lo peor de su ejército: bigotudos con turbante procedentes de Egipto: los mamelucos. Estos acudieron a la Puerta del Sol en sus monturas por la carrera de San Jerónimo. Entraron en la plaza en formación, pero, una vez en el interior, se separaron para propinar sablazos a diestro y siniestro a los ciudadanos. Y esto fue lo que les perdió. Por segunda vez, y al igual que el oficial que había acudido a poner orden a la plaza de Palacio, cometieron el error de subestimar al pueblo español. La muchedumbre allí reunida se comportó como un único hombre —como reconocería Napoleón años más tarde— y se lanzó a por los mamelucos como hormigas hambrientas lo harían a por una pequeña cucaracha. Los hombres utilizaban sus escopetas, bastones, garrotes, navajas; las mujeres carniceras, sus cuchillos; las costureras, sus tijeras. Y los mamelucos caían de sus monturas y eran apaleados o pasados a cuchillo. Cabe destacar a aquellos paisanos —hombres y mujeres— valientes que se metían debajo de los caballos de guerra y les abrían las tripas para que el animal cayese y el jinete fuera con él. ¡Oh, qué escena más desagradable! ¡Qué culpa tendrían aquellos bellos animales de lo que allí estaba sucediendo! ¡Hasta dónde puede llegar la miseria humana! En fin, abandonemos esta horrible estampa y dejemos a los ciudadanos madrileños dando buena cuenta de los mamelucos. El lector que quiera dedicar más tiempo a este acontecimiento puede acudir al cuadro de Goya.

Avancemos por la calle Mayor y miremos hacia sus ventanas y tejados. Allí podremos encontrar alguna mujer que, ojo avizor, espera la llegada de algún enemigo. Por esta calle escapaban algunos de los mamelucos afortunados que conseguían librarse de la turba ansiosa de sangre que hacía hervir la Puerta del Sol.

Una mujer de cabellos negros, de miembros delicados y tez blanquecina, estaría en torno a los treinta años, se encontraba asomada a su balcón con una maceta entre sus manos. El lector puede imaginarse lo que se disponía a hacer esta bella dama. Justo es decir que la mayoría de las mujeres que arrojaron tiestos desde sus casas no tenían conocimientos de física ni de trayectorias de proyectiles, y la mayoría fallaron en sus lanzamientos. Pero, una vez respetada la Historia, permitámonos una pequeña licencia: la joven lanzó la maceta cuando el mameluco se encontraba a varios metros de su vertical y el azar hizo que le cayera en la mismísima crisma dejándolo fuera de juego. Unos vecinos salieron de sus casas con cuchillos y navajas y remataron al jinete. El caballo no sufrió ningún daño y continuó al trote hasta la plaza de Palacio.

Es probable que el lector a estas alturas se pregunte dónde estaba y qué hacía el ejército español mientras tanto. La respuesta es triste pero sencilla: acuartelado. Las órdenes del gobernador eran claras: «Hacer retirar las tropas a sus cuarteles y no permitirles juntarse con el paisanaje». Pero, afortunadamente, no todos los militares se comportaron de manera pusilánime. Unos pocos artilleros salvaron el honor del ejército en Monteleón. Dejemos correr, pues, otros pocos minutos y acudamos al Parque de Artillería de Monteleón. Desde la calle Mayor lo mejor sería callejear un poco hasta la plaza de Santo Domingo, seguir varios cientos de metros por la calle ancha de San Bernardo y girar a la derecha en la calle de San José, donde estaba ubicado el Cuartel de Artillería. Allí, unos pocos artilleros acompañados de una pequeña compañía de

Voluntarios del Estado se habían hecho con el control del Parque, que hasta entonces había estado en manos de una compañía francesa. Los Voluntarios del Estado se quedaron custodiando a los franceses recién vencidos y los artilleros, ayudados de paisanos que habían acudido al Parque a por armas, se preparaban para defender el Cuartel de Artillería. Dos militares estaban al mando: Luis Daoíz, capitán de artillería y comandante del Parque de Artillería de Monteleón, y Pedro Velarde, capitán de artillería y miembro del Estado Mayor. Estos oficiales habían preparado varios cañones detrás de la puerta de madera del cuartel y habían distribuido a los paisanos que sabían disparar en balcones y ventanas de las casas cercanas.

Enfrente del Parque de Artillería de Monteleón se encontraba el convento de Nuestra Señora de las Maravillas. Allí, las monjas se asomaban a las ventanas a contemplar a paisanos y artilleros corretear de un lugar para otro.

—Nada bueno puede pasar aquí —dijo una de las religiosas.

—Estas calles se van a convertir en ríos de sangre —aventuró una de las monjas que llevaba más tiempo con el hábito, a la vez que se santiguaba repetidamente.

—No sea ceniza, sor Leticia, el capitán Daoíz es un hombre sensato y sabrá controlar la situación.

—¡Así sea! —respondió sor Leticia—; pero, si corre la sangre, rezaré a Dios para que sea francesa...

—¡Hermana!, ¡no diga eso! ¡Todos los hombres son hijos de Dios! —le espetó una de las religiosas más jóvenes, que se tenía por una buena teóloga.

—Y les deseo lo mejor a los hijos de Dios, franceses, ¡pero en Francia! —exclamó sor Leticia—. ¡Viva España! ¡Y viva el rey Fernando!

Entonces, una de las religiosas de más edad señaló con su bastón hacia la calle Fuencarral: el batallón de Westfalia acudía a recuperar el Parque. A la cabeza iban una



docena de gastadores con intención de destrozar la puerta de madera.

Un soldado corrió desde el edificio principal de Monteleón hasta un oficial bajito, que, sin duda, se trataba de Luis Daoíz. Este escuchó los informes del cabo, desenvainó el sable y se hizo a un lado de los cañones, a la vez que demandaba silencio.

Los gastadores imperiales empezaron a dar hachazos a la puerta principal del cuartel y las monjas de Nuestra Señora de las Maravillas, como si hubieran sido avisadas por Dios, se retiraron de las habitaciones que daban a la calle San José. Segundos después un ruido atronador llenó el barrio de Maravillas y destrozó los cristales de las ventanas del convento. Los cañones españoles habían disparado haciendo añicos la puerta de madera y llevando la muerte a muchos soldados franceses. Pedro Velarde dio otra orden y todos los fusiles hábilmente distribuidos en ventanas y balcones de la calle de San José, en el tercer piso del edificio principal de Monteleón, en el edificio del Cuerpo de Guardia y en un andamio colocado junto a la tapia empezaron a disparar contra el batallón de Westfalia. Este, que no se esperaba semejante recibimiento, huyó aterrado.

Luis Daoíz ordenó sacar tres cañones a la calle: uno apuntando a San Pedro, otro apuntando a San Bernardo y un tercero apuntando a la calle Fuencarral.

Y las monjas del convento de Nuestra Señora de las Maravillas salieron a atender a los heridos franceses, a quienes trataron como si fueran sus hermanos.

Llega el momento de narrar algo difícil, algo que hace que cueste escribir, que pesen las palabras. Y es contar cómo perdió la vida la joven Manuela Malasaña. El motivo es doble: por una parte, no es agradable narrar cómo murió esa joven que algunos pintaron hermosa; y seguramente lo fue. Pero, además, no está claro lo que ocurrió. Algunos historiadores sostienen que perdió la vida en Monteleón, donde estaba ayudando a su padre, Juan Malasaña, que disparaba contra los franceses; otros, en cambio, cuentan que

dos soldados abusaron de ella y terminaron con su vida. Después de discurrir teniendo en cuenta diversos factores, me inclino por esto último. Pero ¡quiera Dios que me esté equivocando! ¡Ojalá fuera una bala perdida la que la llevase al Elíseo, ese lugar al que momentos después la acompañarían Velarde, Daoíz y tantos otros! ¡Quiera Dios que fuera así! En fin, esto es un relato y me permitiré otra licencia.

Una joven costurera iba caminando por la calle de San Andrés cuando, de pronto, la vieron dos soldados imperiales y fueron hacia ella. Manolita Malasaña, tal era el nombre de este ángel que momentos después ascendería a los cielos, se dio cuenta de que la seguían, apretó el paso y trató de refugiarse en un portal; pero uno de los soldados la agarró de un brazo. La joven se estremeció e, instintivamente, echó mano de unas tijeras que solía llevar en un bolsillo de la falda. El soldado francés se percató de que la chica estaba muy nerviosa, pálida como un espectro, y le susurró con palabras tranquilizadoras en un perfecto español:

—Señorita, Madrid se ha convertido en un lugar muy peligroso, no debería andar sola por las calles. Permítanos que la acompañemos a su casa.

Manuela Malasaña no vio otra cosa que cordialidad en los ojos del francés y le respondió, agradeciéndole con una mirada sublime su gesto:

—No es necesario, caballeros, vivo muy cerca de aquí.

Seguidamente la joven Manolita Malasaña echó a correr en dirección a Monteleón.

Volvamos al Parque de Artillería de Monteleón, donde españoles y franceses peleaban a muerte lanzándose dardos de plomo mortíferos que se iban cobrando sus víctimas. En ese intercambio de disparos varios artilleros cayeron; la docena de artilleros que quedaba, junto con los paisanos que habían salido a la calle a ayudarles, gestionaban las piezas de artillería con eficacia, dando buenos escarmientos a los

franceses que les hostigaban por cualquiera de las tres calles.

Una familia al completo peleaba en los cañones a las órdenes de Luis Daoíz. El padre y los hijos se esmeraban con las piezas de artillería, y la madre, Clara del Rey, vigilaba atenta que no le pasase nada a ninguno de los suyos; en cualquier momento se hubiera lanzado a hacer de escudo de cualquiera de sus hijos, cambiando una vida por otra; pero el Destino quiso llevársela a ella primero: un plomo francés le atravesó el pecho y, como el más potente de los narcóticos, la envió al más profundo de los sueños. ¿Cómo no se iba a despertar esta madre en el paraíso después de luchar junto a su familia por su ciudad, por su país, por la Libertad?

No es el propósito de este relato contar cómo los franceses tomaron el Parque de Artillería de Monteleón. Solo decir que cuando Murat, de infausto recuerdo aquel día, se enteró de lo que pasaba en Monteleón, envió a dos de sus generales, Lagrange y Lefranc, con órdenes de exterminar a los insurrectos.

La columna napoleónica formada por cerca de dos mil veteranos imperiales dobló la esquina de San Bernardo con San José. Entonces, allí se encontraron a una docena de artilleros y varias de paisanos que, a pecho descubierto, sin una zanja, con el único parapeto que les proporcionaban unos muebles sacados de las casas cercanas, estaban dispuestos a vender cara su vida.

Una bala perdida atravesó el pecho de Pedro Velarde haciendo que muriese súbitamente. Luis Daoíz fue acribillado a estocadas y bayonetazos por los oficiales y soldados de Lagrange, general francés que se comportó como un villano aquella mañana. Varios de los franceses que habían peleado contra los españoles que defendían Monteleón reconocieron el comportamiento honesto de Daoíz e hicieron todo lo posible por salvarle la vida; uno de ellos incluso ordenó a un cirujano francés que atendiese al

héroe de aquella jornada. Pero todo fue infructuoso y Luis Daoíz moriría horas después, acompañando a Pedro Velarde en su viaje a la eternidad. ¿Podía ser de otra forma?

A los pocos minutos de que Lagrange declarase que tomaba el Parque por derecho de conquista, unos pocos españoles trataban de salvar el pellejo. Y no era tarea fácil, dado que los franceses estaban deseosos de venganza. No hemos contado al lector que el Parque de Artillería de Monteleón colindaba en su parte oeste con el convento de las Salesas Nuevas. La tapia que separaba los dos recintos era alta, pero no lo suficiente como para que hombres que estimaban su vida y la veían en serio peligro no pudieran salvarla. Las monjas de este convento, al contrario de las de Nuestra Señora de las Maravillas, habían permanecido rezando en la capilla el tiempo que había durado la pelea. Pero, a la llamada de socorro de sus compatriotas, salieron al patio a ayudarles. Y mediante escaleras, cuerdas y andamios improvisados introdujeron en el convento a los civiles que trataron de escapar eligiendo este lugar sagrado. Y muchos, de este modo, se libraron de los fusilamientos que empezarían horas después.

Dejaremos aquí el relato, porque lo que pasó después fue muy triste: oficiales franceses decidiendo sobre la vida de los españoles; y Murat, encolerizado, tratando de diezmar a la población madrileña. Pero este acontecimiento, este día, marcó el inicio de una guerra que duraría años, en la que los españoles lucharían por echar de su territorio a unos extranjeros que Godoy había invitado de manera muy desafortunada. Ese día, cerrajeros, costureras, chisperos, carniceras, muchachos, madres... y unos pocos militares se ganaron la inmortalidad.

Este relato está dedicado a Manuela Malasaña, a Clara del Rey, a las monjas del convento de Nuestra Señora de las Maravillas, a las del convento de las Salesas Nuevas y a todas aquellas mujeres que aquel 2 de Mayo de 1808 pelearon por su ciudad, por su país, en fin, por la Libertad.